



Moisés, 1513-1515, Mármol, San Pietro in Vincoli, Roma

Hamsin

Mauricio Montiel Figueiras*

Hamsin, del árabe *khamsin*: cincuenta

Teman el viento, dice el anciano, y con su báculo señala un horizonte hecho de gasas amarillas, purulentas, que se avecina a la velocidad de un meteoro lanzado desde el iris trepidante de la luz, desde el vago inicio del mundo. Relinchan los corceles tras sus bridas ansiosas, fulgura el moscardón que hiende el aire como bala azul en busca de su blanco, se rompe un ánfora que cae al fondo del clima convertido en pozo de aguas estancas. Trémulo, más un pellejo que una coraza contra los embates del vacío, el cielo disuelve sus lindes en una ceremonia de licuefacción: oro, las nubes son semillas de oro arrastradas por la corriente fluvial que mana en lo alto de la calígine, en el imperio del buitre que reza una plegaria circular. Atónitas, incandescentes, las tropas observan la distancia reclamada por el carmesí: sangre en polvo, rubies desmenuzados por un puño primigenio, ibis escarlata traídos de otro continente por el vendaval y su inexorable canto de sirenas.

Teman los cincuenta días, susurra el hombre, el lapso en

que la arena finca sus reales en Egipto con furor de soberana oscura. Vean cómo la rosa de los vientos se deshoja entre los dedos, imantada por la sombra eléctrica que oscila alrededor sin dar cuartel. Vean las pirámides: pechos erguidos en la tenebra del desierto a la espera de una caricia o un rasguño, nadie sabe, que les regrese su turgencia original. Vean cómo la madre a punto de parir ahoga sus gemidos en la mordaza de la atmósfera, cómo el mendigo halla un diamante entre el carbón que le dibuja un velo en la mirada, cómo la joven se maquilla ante un espejo donde arde un cirio íntimo. Vean las bayonetas, el metal de las bayonetas, el lustre lóbrego de las bayonetas que se afilan en el pedernal de la tormenta. Tállen-se los ojos, fróntense los párpados: lo que vean será producto de un delirio interno porque afuera, al otro lado de esta ceguera indómita, todo es barro seco, partículas de hueso, vestigios de reinos devastados por el hálito de un dios.

Hamsin, ruega el niño de hi-nojos en su estera, déjame te-

merte y adorarte como el emisario de la furia. Haz de mí un súbdito capaz de reptar hacia las fuentes del pavor, un soldado que se integre y desintegre en tus ejércitos de lodo calcinado. Entra en mis venas e inféctame de lejanía, bebe mi linfa hasta saciarte y quéname, marchítame, desáhucíame. Que no quede rastro de mí al concluir tu celo de tigre rojo, que mi llanto sea el vagido del ángel que azota puertas y ventanas con su espada. Sopla feroz, hamsin, sopla voraz: vuela y llévame contigo, redúceme a cenizas, transfórmame en la duna que en medio de la nada evoca una erección nacida en la entraña más salvaje de la tierra.

*Mauricio Montiel Figueiras (Guadalajara, Jalisco, 1968) es narrador, ensayista y traductor. Entre sus libros más recientes se encuentran *La penumbra inconveniente* (2001), *La piel insomne* (2002), *Terra cognita* (2007), *Diálogos entre cine y literatura* (2010), entre otros. Ha sido editor de revistas y suplementos culturales en México; sus textos han aparecido en medios de Argentina, Brasil, Canadá, Estados Unidos, España, Italia, y algunos otros más. Ha sido becario del FONCA y de la Fundación Rockefeller; The Hawthornden Retreat for Writers en Escocia, lo eligió como escritor residente en 2012. Actualmente es colaborador de la revista *Letras Libres* y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Radica en la ciudad de México desde 1995.